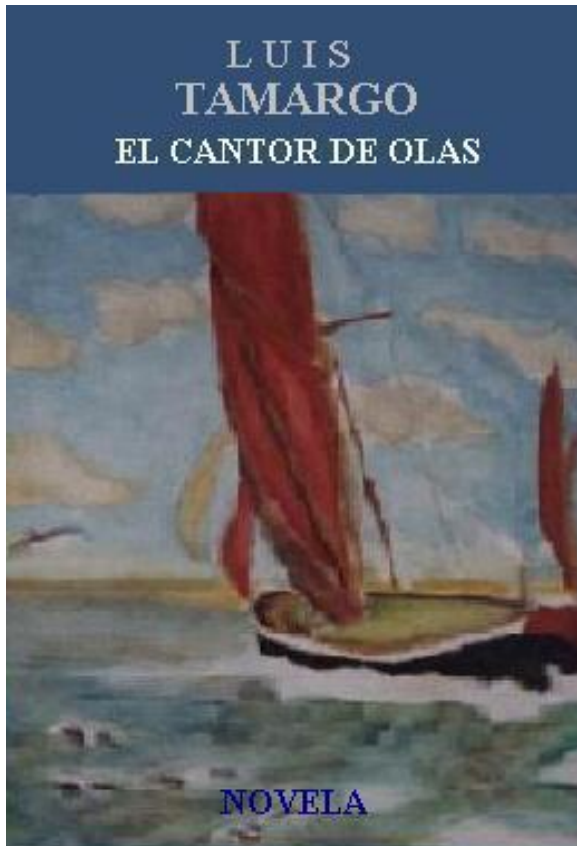


NOVELA

EL CANTOR DE OLAS



LUIS TAMARGO

© Luis Tamargo Alonso.

leetamargo@gmail.com

Santander, 2002.

Depósito legal.

A ti, en tu viaje de vuelta.

Capítulo I

LA ÚLTIMA TARDE

Nunca habría imaginado que las palabras del viejo marino dejarían de ser una historia para cobrar vida propia, la nuestra. Se lo escuché a mi padre en innumerables ocasiones, cada vez que, desde muchacho, le preguntaba por el abuelo; ahora sé que toda su vida fue un obrar con la intención de que aquel ejemplo no se repitiera. Pero entonces el mundo cabía dentro de un cuento y aquel niño se lo tomó de la única manera que sabía, para soñar. Mi padre me había contado que la última tarde que le vio marchar fue desde la playa. Creció así, con un sonar profundo de olas en el pecho. Las estancias del abuelo, aunque breves, siempre dejaban a mi padre una huella indeleble en su ser, el mundo inmenso abriéndose con su llegada y un rastro de lágrimas calladas en cada partida. De un golpe seco solía cerrar las tapas duras del cuento aquel que siempre repetía... *¡Y así fue como el dios del mar le nombró Cantor de Olas, centinela y duende de su reino de sueños!*... Después llegaba el agitado batir de manos, al despedirse desde el puerto. En uno de sus viajes, el abuelo le había dicho: ... *¡No llores, no estás sólo!*... Quizás por eso le pedía una y otra vez la misma historia. Luego, se escapaba del cuidado de Petra, sin que nada pudiera hacer ella por evitarlo, y subía corriendo al faro para mantener vivo el recuerdo de su presencia en la lejanía. El barco se alejaba mar adentro y, ya antes de convertirse en un minúsculo punto frente al horizonte, la esperanza encontraba terreno de cultivo sembrado para anidar en su pecho o en dios sabe qué lugar insospechado de sus sueños sin explorar. Quizás de ahí, de tanto interrogarse le vino su inquietud viajera...

También yo había heredado de mi padre ese rasgo de inquietud tan acusado del carácter, aunque libre de la ausencia que a él le atormentaba en la infancia y que, aún hoy, a duras penas sobrellevaba, sobre todo en los momentos delicados, cuando las defensas morales descendían porque resultaba imposible mantenerlas siempre en alza. La ley natural parecía imponer ese sabio equilibrio regulador, pero con los últimos acontecimientos su integridad moral había cedido leve, aunque

suficiente, para dar turno a una especie de insufrible abatimiento continuado. Ahora que podía disponer de mi propia vida y, aunque nos manteníamos en contacto, desde que mi padre se jubiló, no recordaba otra crisis tan acusada de soledad y de comunicación como por la que estaba atravesando. A pesar de que, hasta entonces, todos sus desvelos habían estado orientados en ese sentido, yo nunca sentiría la desazón que a él le asolaba aún en sus años maduros; al fin y al cabo debía construir mi propia senda al igual que había hecho él. Si esta tarea le había supuesto una misión, es decir, algo que le había mantenido ocupado y concentrado hasta hoy, ahora debía enfrentarse por sí solo al nuevo rumbo que, más que una vía de solución, se planteaba como un camino tortuoso, abrumador. De ahí que le animara en este sentido, porque así lo entendí, cuando me explicó que necesitaba descansar, hacer que su cabeza parase de cavilar, porque los fantasmas antes derrotados hacían ahora acto de una presencia más insistente. Por eso marchó hacia la costa, ya le había oído hablar de la bahía de Claridades, aquella zona que en alguna otra ocasión había visitado; consideró, en un alarde final de decisión, darse el respiro de conocer aires renovadores. Quién sabe, tal vez con algo de suerte consiguiera de una vez por siempre hacer desistir a aquellos fantasmas de regresar a su morada.

Me tranquilizaba hasta cierto punto el hecho de que mi padre no se había marchado solo del todo. Al igual que en viajes anteriores se llevó consigo el libro, como solíamos denominarlo entre nosotros. Se trataba de un viejo cuaderno de bitácora, de tapas cuarteadas, que acompañó al abuelo en sus innumerables travesías oceánicas y que acabó convirtiéndose en la única herencia, un regalo para mi padre, precisamente para combatir la soledad de cada una de sus ausencias. Siempre ocupó un lugar preferente en la biblioteca del hogar, pero sobre todo en los últimos tiempos, se había convertido en manual de uso cotidiano, amigo de consulta y acompañante cómplice de idas y venidas. Repleto de fechas, rumbos y anotaciones náuticas, pero inconcluso en sus páginas centrales, siguió sirviendo de diario y también de poemario, aunque de otro tipo de navegación, no menos vital. De su puño y letra el propio abuelo había escrito la leyenda de El Cantor de Olas, una historia que conoció en boca de marinos y que transmitió a mi padre durante sus breves visitas; la infancia de mi padre, de este modo, se nutrió de nombres exóticos y lugares lejanos tan desconocidos como familiares, con los que bautizaba a su manera las carencias de otras necesidades menos presentes. Más tarde, cuando el abuelo desapareció sin dejar rastro, fue libro de cabecera, tesoro y matriz que, en infinidad de

ocasiones, también compartió conmigo. No fue difícil contagiarme de la magia del cuento, de la ilusión de su búsqueda y, entre datos, fechas y versos, exploramos mundos que dejaron de resultarnos ajenos...

Sin embargo algo me decía que esta vez era diferente, mi padre se demoraba demasiado. Me descubrí sentado junto al teléfono, a la espera de una llamada que sabía no iba a producirse, pero de ahí el desasosiego, la preocupación de que el regreso no pudiese más que aquellas inmensas ganas de saber, de saciar inquietudes...

Capítulo II

HAY UNA PLAYA

Quiso reflexionar, pensar en aquel naufragio. Quiso buscarle una razón a aquellos siete días que se molestó en contar, recorriendo la abrupta costa, indómita. El viento se encañonaba entre los acantilados y, con fuerza sobrehumana, amenazaba con tumbarle a uno. Había que agazaparse escudándose en los riscos, al abrigo de una embestida imprevista. Y era entonces, así, cuando el viento parecía cantar y ponerle nombre a las rocas, a cada rincón de entre ellas, a cada pliegue de acantilado que se dejaba resbalar hasta la rompiente embravecida.

Durante una interminable semana exploró cumbres y hondonadas de aquella inhóspita costa, maltratada por el temporal. El mismo temporal que, sin compasión, lo llevó lejos de casa, que comenzó con aquella niebla que impedía conciliar el sueño. La niebla y aquella otra comezón, la de los pensamientos que se masticaban de allá para adentro y que tampoco dejaban dormir.

De haberle contemplado alguien, pensó, le habrían figurado un loco. Sólo él, por aquellos fantasmagóricos acantilados, entre sombras pétreas de rocas rojas y grises, mojadas de niebla verde, gelatinosa y espesa, lo menos parecido a una ilusión de esperanza. Solitario durante siete jornadas seguidas, una a una, sondeando, casi adivinando, oteando horizontes nuevos o, quizás, los restos, la señal de un naufragio, una señal de vida. Sin nadie, sin compañía humana, con sus soledades, había empezado a acostumbrarse al musgo mullido bajo sus pies, al sabor húmedo del salitre en la niebla, empapándole cada poro.

A ratos, apresuraba el paso y sorteaba el canto puntiagudo de las piedras para, aprovechando una hendidura plana, cobrar impulso nuevo, de un salto, y avanzar camino. En otros, se estiraba de largo en la yerba aflequillada que bordaba el talo costero y escuchaba el mar, el hondo e incesante sonido del océano, mezcla de fondo profundo y de olas cantoras en superficie.

Fue al culminar una de esas rasantes entre cielo y acantilado, en lo más alto del escarpado montículo, cuando descubrió la playa, ancha y larga, acariciada de algas entre los brillos dorados que la luz naciente del alba

proyectaba, difusa. Parpadeó repetidas veces para asegurarse. No, no eran canoas aquello, abajo en la playa, ni nativos de otras islas celebrando ningún grotesco ritual, no. Aquella visión no hizo sino devolverle a otra realidad, inevitable, a la que se había estado negando durante todos estos días, siete ya, que bien se había preocupado en recontar... Abajo, las máquinas emprendían otra batida sobre la playa y los hombres de la limpieza rastreaban cada palmo de arena en su rutinario rito de cada semana. Los contenedores repletos eran descargados en los camiones que, entre estertores y con gran estruendo, ascendían su pesada carga por la empinada cuesta que conducía a la población.

...Volvió a parpadear, nervioso, esta vez para mantener el halo de misterio creado hasta entonces. El mundo de cada día había regresado, brusco y de repente, de acuerdo a su carácter. Respiró hondo y guardó un suspiro, para aliviar el impacto. Y con aire resuelto, si bien resignado, se dirigió al lugar donde había dejado el vehículo aparcado, para regresar a casa... Pero antes, volvió la vista atrás, por un instante, para inhalar el recuerdo acuoso del sabor a niebla y grabarlo en la memoria de su espíritu errante, pues era así como deseaba que quedase guardado, perdurable, por siempre.

De aquel viaje por la costa quería llevarse un recuerdo que transmitir a su hijo, como si de un regalo único se tratara, pero que antes sólo él debía de desenvolver y preparar. Toda una vida le había llevado desentrañarlo, había recorrido parajes dispares hasta dar con el paradero de aquel navegante que un día desapareció de su vista como un minúsculo punto flotante en el horizonte marino, pero no de su vida ni de su pensamiento. Se aprovechó de su condición de cartero para recorrer y dar la vuelta, no sólo a su provincia, sino también a otras comarcas más o menos limítrofes; no cejó en el empeño. Había indagado, errado y preguntado hasta que las gestas de aquel marinero hallaron eco en bocas de otras gentes. La bahía de Claridades no pertenecía a su distrito, quedaba fuera del alcance de su influencia, pero en la Taberna Marinera donde había pernoctado le conocían y comprobó, con admiración, que su nombre también despertaba respeto. Supo entonces que estaba sobre la pista correcta, había tardado años en soñar con aquella emoción que le llenaba y a la que, ahora retirado de las obligaciones del trabajo, podía dedicarle todo su ser. Durante las últimas excursiones a la costa se había acercado al lugar donde aquel hombre vivía aislado y solo y, esta vez, se había decidido, venía dispuesto a hablarle, a dirigir por fin la palabra a su padre. Era el triunfo sobre una larga ausencia que, sin embargo, parecía

obstinada en contrariarle, ya que después de vagar en su busca durante más de una semana por los acantilados no había dado señales de vida.

No obstante volvería a intentarlo, de momento había conseguido reunir todas las fuerzas para dar el paso definitivo. Sin embargo llevaba demasiados días fuera de casa, sin avisar a su hijo y no deseaba preocuparle, por lo que dirigió sus pasos hacia el lugar donde había aparcado, se imponía el regreso.

En ninguna de las ocasiones anteriores se había acercado tanto a los acantilados con su vehículo, le costó frenarlo en la inclinada pendiente, sembrada de piedras sueltas, que ahora le hacían perder pie mientras se aproximaba. Abrió la portezuela y se asustó cuando, al sentarse, el coche derrapó brusco, aunque ligeramente, cuesta abajo. De haber sabido que la maniobra para cambiar de sentido iba a tornarse tan complicada no se habría arriesgado tanto, pero no quedaba otro remedio que actuar con la máxima precaución, midiendo cada uno de sus movimientos; la marcha atrás resultaba imposible y, en cada viraje, se presentía la amenaza de las ruedas rozando el abismo. Acababa de arrancar el motor cuando lo vio, igual que las otras veces, no se trataba de ningún espejismo. Divisó la enorme roca con forma de cabeza de gato en el acantilado que tenía enfrente y, sobre ella, distinguió la silueta del hombre recortada contra el horizonte; su cabellera cana emitía reflejos plateados y ondeaba al viento. La emoción le dominó y, nervioso, sin soltar el volante, echó la otra mano al asiento trasero en busca del libro; sacó el brazo por la ventanilla y lo agitó en lo alto. Intentó gritar, llamar su atención, pero la figura del hombre no se inmutaba en la lejanía. Y, de repente, sintió que resbalaba, que el libro se le escapaba de las manos; apenas tuvo tiempo de gritar, su voz quedó ahogada por un ruido ronco de rocas y mar...

Capítulo III

DESDE EL FARO

La carretera que ascendía hasta Punta Roque serpenteaba entre acantilados por estrechos pasos horadados en la roca. El faro dormía en medio del mar inmenso, plácido. Bien pudiera parecer que era el mismo mar el que dormitaba, descansado, seguro y confortado por la presencia del faro, que despuntaba por encima de la línea roja del horizonte. La noche, entonces, silueta su figura de sombra y el faro parecía cobrar vida. Su ojo mágico de luz circundaba el techo del cielo y la noche, desvelada en su secreta intimidad, temblaba al compás de las olas plateadas y sonoras, susurrantes, para aplacar el silencio contenido.

La bahía resplandecía en su quietud y más allá, sobre el trazo adormilado del horizonte, el archipiélago de Cormoranes recortaba su oscura silueta. Hoy, convertido en reserva natural protegida, Cormoranes era el refugio paradisíaco de aves migratorias, de especies exóticas algunas de ellas, otras autóctonas, que hacían del archipiélago un mundo idóneo para anidar. Atraídas por la paz que brindaba el aislamiento y por la seguridad de mantener alejado al hombre, las aves eran los únicos y verdaderos propietarios de aquel atolón solitario. Aves todas diferentes, charranes, petreles, cormoranes moñudos, habitantes originales y en abundancia; gaviotas patiamarillas e incluso frailecillos, se repartían en esforzada disputa las mejores parcelas, los distintos riscos de entre los acantilados, como si de enfrentados vecinos se tratase. Las diversas colonias de pájaros bullían en incesante aleteo sobre el techo despejado y limpio de las islas. La variedad de sus trinos, ya roncós y graves o agudos e intermitentes, se transformaba en un ruidoso *in crescendo*, casi ensordecedor, a medida que uno —si tenía ocasión— se iba aproximando a su accidentada costa.

...Nadie oyó, confundido con el vaivén del oleaje, el sordo chapoteo de la lancha que atracaba junto a la rompiente. Como tampoco nadie vio la otra barca, disimulada entre las rocas, próxima al antiguo embarcadero, que aguardaba inmóvil desde hacía ya algunas horas. El guarda del faro, Héctor, acababa de unirse a su amigo, el Sr. De Melun, notario de

Claridades, empedernidos enamorados de la pesca de altura y, además, los únicos capacitados para permitirse un lujo semejante, sin necesidad de solicitar el correspondiente y obligado permiso para visitar el protegido archipiélago. La velada se extendió animada hasta el anochecer entre vinos, marisco, risas y aguardiente. Al final, cada embarcación emprendió rumbo diferente a distinto tiempo, con los estómagos llenos y la despensa repleta de la pesca resultante.

De regreso, la madrugada ya teñía de púrpuras el lienzo enrojecido del cielo y, en el puerto, un sinfín de vencejos y golondrinas revoloteaban asustando a las estrellas. Desde la caseta del guarda, en los alrededores del faro, la bahía comenzaba a desperezarse entre los destellos de plata que la luna había sembrado y podía escucharse el romper de las olas contra la barra de arrecifes. Habían sido unas semanas especialmente agotadoras, de trabajo acumulado y Héctor, el guarda del faro de Punta Roque, dormía a pierna suelta, después del merecido festejo. La temperatura era fresca y, a través de la ventana, una brisa suave marina se deshilachaba en diminutas nubes sobre el horizonte calmo. Nada hacía presagiar el distinto cariz que tomaría al día siguiente...

El vehículo que se despeñó la noche anterior en el acantilado no fue encontrado hasta esa misma mañana. Sería necesario rastrear la zona para identificar al conductor, del que no existía rastro tras precipitarse entre las rocas, dar parte a los familiares del desaparecido y preparar el arriesgado rescate dado lo accidentado del lugar. De nuevo comenzaba otra ajetreada jornada en Claridades.

Capítulo IV

PAISAJE DE IDA

No era la niebla precisamente la mejor compañera de viaje, pero el tono urgente de la llamada telefónica que llegó de madrugada revelaba la verdadera importancia que adquiriría el reciente acontecimiento. Por eso me puse en camino de inmediato, nada más recibirla. Significaba que por fin se había dado con el paradero de mi padre, ausente desde hacía demasiadas jornadas de viaje con rumbo desconocido. Hacía ya más de una semana que había partido y, aunque en otras ocasiones gustaba de viajar, siempre había regresado puntual, previo aviso.

Mi padre era cartero en Coaxtlán, pequeña población pesquera en la zona limítrofe con la desembocadura del Gran Río. Teníamos en común, entre otros aspectos, el del inusitado placer que provocaban los viajes, y disfrutar del sabor inapreciable de las escapadas en libertad, sin rendir cuentas de horarios o lugares. Pero hasta la fecha siempre nos habíamos correspondido con fidelidad en esa especie de confianza incuestionable que, de forma mutua padre e hijo, nos depositábamos. Ahora que mi padre disponía de más tiempo, desde su jubilación, para dedicarlo a este tipo de excursiones había casi que aguijonearlo para que se decidiera a dar el primer paso, pues pasaba la mayor parte del tiempo encerrado entre las cuatro paredes de casa, absorto en la lectura, afición que siempre le acompañó y a la que dedicaba un lugar especial en las estanterías de la biblioteca del hogar, auténtico santuario, donde reposaban algunas colecciones de libros de poesía que, junto con mi madre y, sobre todo, aleccionado por ella, habían conseguido reunir por sus propios medios, de aquí y de allá, como él solía explicar. Sin embargo, su empeño por educarle en esa libertad controlada no casaba con aquella anómala situación, no era amigo de prolongar las ausencias. Por ello me preocupaba su tardanza que, al desafiar con cierto desasosiego aquel inquebrantable pacto, de alguna manera me hacía sentir culpable al haber insistido con excesivo denuedo en animarle a partir.

Por el contrario, mi madre nos había dejado mucho antes, cuando yo apenas era un adolescente, un hecho traumático que influyó a lo largo de los años en el mal que obligó a mi padre a abandonar su trabajo. Mi

memoria de niño de cinco años comenzaba entonces a desarrollarse, cuando mi madre desapareció, así que conservé un recuerdo difuso, avivado por la imagen de las fotografías que mi padre me enseñaba y que yo hojeaba cada vez que necesitaba dar respuesta a mis interrogantes y ausencias. Siempre había sido una mujer de salud débil y delicada, acuciada por problemas respiratorios que la obligaban a prolongados descansos; mi padre me aseguró que no existían antecedentes familiares, pero que una muerte súbita la impidió despertar del sueño en una triste mañana que desde entonces le perseguía como una maldición eterna. La poesía se había erigido en un refugio para su alma, pero el corazón de su madre no aguantó a pesar de ser joven todavía. Mi padre también me mostró sus poemas, que atesoraba como un bien preciado entre las páginas de su libro preferido; versos que ella escribía desde la juventud y que yo no empecé a apreciar hasta algunos años después, cuando fui capaz de leer los sentimientos y emociones que expresaban y que, mejor que cualquier otro documento, descifraban y me hablaban del espíritu que animaba en mi madre. Me gustaba en especial aquel poema titulado “Gota de mar”, que mi padre me había leído desde la infancia y que ambos llegamos a aprender de memoria:

Gota de mar humano,
todo en ti amado.
El mundo dormido
sueña en tu espejo. Silencio.
Lágrima de amor que,
a la vez, sonrío y sueña.
Amargo trago de vida.
Sabor bravío de salitre y ola.
Gaviotas de esperanza y oro
sobre la roca anclada,
mas no solitaria.
El nido varado,
a la orilla del viento,
huele horizontes de espuma.
Y la canción del océano,
con su callar sonoro, profundo,
rememora el misterio
del tiempo de los ancestros.
Todo en ti contenido,
gota de mar amada.

Sin duda ahora comprendía mejor, podía entender que mi madre, conocedora del penar de su marido por la ausencia del padre, pretendió aliviarlo, si no resolverlo, dejando escritas sus letras dentro del diario marinerol del abuelo. Se trataba por tanto de algo más que un bello recuerdo que mi padre se había ocupado oportunamente de mantener siempre presente. Era su manera de seguir queriéndoles, de tenerles próximos. De este modo, lejos de ahogarse con el problema o de verse desbordado ante lo delicado de la situación, mi padre lo convirtió en su reto personal, se aferró a aquel lazo de tal manera y con tal esforzado afecto que, a base del sacrificio y tesón con que acompañaba a lo que amaba, nuestra relación acabó por desembocar en una fuerte y duradera ligazón, enriquecida a través de toda una vida de convivencia en común. Hasta ahora habíamos sabido desenvolvemos a la perfección, sin motivo alguno para hacer peligrar el sólido equilibrio conseguido y del que tanto nos podíamos vanagloriar. No obstante, en esta ocasión, la escapada resultaba demasiado larga y, como hombre cabal y cumplidor para con sus obligaciones principales, ya debería estar de vuelta. Por ello, la ambigüedad del mensaje que representaba el final de su larga búsqueda fue el principal acicate que me animó a continuar avanzando, a pesar del acusado cansancio que ya notaba al cabo de nueve horas seguidas pegado al volante.

Ya había traspasado la cadena montañosa que, a modo de frontera natural, separaba la costa del norte. Cuántas veces había recorrido con mi padre aquella carretera general que atravesaba la sierra, transformada hoy en una ligera y adecuada autovía. A partir de ahora me adentraba y continuaba solo, sin poder evitar traer el inquietante recuerdo de mi padre a la memoria. Desde la ventanilla volvía de nuevo a contemplar los más variados parajes...

La pradera tupida extendía su manto uniforme sobre el cuero cabelludo del terreno, bordeando cada contorno a ras del horizonte. Las nubes cenicientas, cejas oscuras en lo alto, arqueaban su abigarrada forma y la frente del cielo dejaba de arrugarse cuando la noche caía. El brillo de las estrellas, entonces, custodiaba el sueño en los ojos del valle.

Desde el promontorio, la cordillera montañosa se deslizaba firme, nariz rocosa, rotunda. Y a ambos lados, la pendiente descendía escarpada para encontrarse, suave, y después fundirse con los pómulos cercanos de los montes próximos. En un tiempo, frondosos bosques poblaron su relieve. Hoy, más claros y diáfanos, dejaban al aire las cicatrices de su áspera piel curtida.

Antes de alcanzar los acantilados, hacia el sur, encontrábamos la sima del Gran Lago, estrecha grieta alargada, boca pronunciada, pero ligeramente elevada, que daba cobijo a un pequeño mar interior, nutrido de innumerables afluentes, todos ellos subterráneos. Era ésta una zona de marcados contrastes, en ocasiones drásticos, de coléricas tormentas y erupciones o bien de templada brisa y vientos rápidos, que arrastraban a su paso las claridades del talud, como si esbozaran una sonrisa a la tarde huidiza...

La jornada había amanecido gris, fresca, ideal para viajar y así continué hasta que, antes del anochecer hice un alto en la ruta para consultar de nuevo el mapa de carretera: Claridades. Tal vez la sugerente belleza del nombre atrajo a mi padre hacia aquel lugar; me intrigaba en cualquier caso. Al mediodía ya se había disipado la niebla y, a media tarde, de pronto, el mar apareció brusco. Sin anunciarse, ya lo había invadido todo con su asalitrado aroma, hondo y pesado. Cuando uno quería darse cuenta, siempre ocurría así, como una bofetada anticipada, ya se había apoderado de cada rincón del entorno. El ambiente húmedo que originaba la bruma me recordó que me adentraba en sus dominios. Casi se podía palpar ahora, hasta la costa acusaba su huella y la pared vertical, cortada, se precipitaba hacia su rugido de inmensidad... Aspiré el aire contagiado de sal, estirándome en el asiento, para luego tensar cada músculo e impregnarme así de su denso olor, pleno... El mar cantaba olas, cerca ya de Claridades.

Capítulo V

BAHÍA DE CLARIDADES

Según se descendía desde el faro, la bahía de Claridades aparecía de a poco, deslumbrante, revelando en su esplendor el secreto de su nombre. Las casas encaladas de los pescadores escalonaban la pared rocosa del acantilado y el espolón del puerto viejo emergía, paralelo a la costa, salpicado de coloridas embarcaciones que reposaban entre nubes plateadas de gaviotas, vecinas privilegiadas del lugar.

Desde el mar, la entrada a la bahía resultaba también majestuosa, impresionaba aún más la armoniosa conjunción entre belleza y naturaleza. A un lado, quedaba el islote del antiguo faro con su embarcadero, hoy también abandonado. Hacía ya algo más de una década que el pequeño faro no funcionaba y, aunque su actividad cesó, había pasado a formar parte de la geografía familiar que daba la bienvenida al visitante que venía desde el océano. Del otro lado, pequeñas calas casi salvajes se sucedían en la orilla. Era la del Arco de la Media Luna la más renombrada, sólo visible con marea baja y a la que acudían turistas y curiosos para admirar las originales formas que adquirían las rocas, fusionadas en su erosión al acantilado.

Y atrás, el archipiélago Cormoranes, vigilante, a modo de escudo protector, resguardando al puerto de los vientos húmedos del noroeste, como si la mágica mano del dios del mar lo hubiera ubicado allí, estratégica y premeditadamente. La costa se abría entonces hospitalaria y generosa, mostrando sus ocultos rincones, los encantos de su preciado tesoro.

La playa del Mediodía destacaba por su enorme extensión, su arena coralina dibujaba una viva franja blanquecina que bordeaba el oscuro contorno de la roca volcánica, casi de un negro azabache en ese tramo costero. El mar aquí se tornaba de un verde azulado, casi turquesa, que con intensidad realizaba su atractivo don, hechizando las sensibilidades. Sin embargo, eran las gaviotas los únicos habitantes de tal idílico paraje que, en grandes bandadas, ocupaban su orilla y los arrecifes próximos. Uno de ellos, el más alto, tomaba por ello su nombre, el islote de Los

Pájaros, auténtico hogar para sus cuantiosas y ruidosas nidadas, aunque apenas imperceptibles, eso sí, desde la bahía.

Ya en la Canal, la corriente enfilaba a puerto y cambiaba el color, se hacía aquí rápida y, en contra, más fría. Desde la bocana, las casitas blancas, encaladas, destelleaban su saludo luminoso, asomadas al puerto en silencioso murmullo de siglos. Un balcón al mar, cantaba el himno de la comarca y, verdaderamente, es en lo que se convertía la hilera ininterrumpida de puertas y ventanas con sus terrazas colgadas, que encalaban el acantilado rocoso y alegraban el perfil recortado del litoral.

Capítulo VI

CASUALIDADES

Al principio lo tomé a broma, así podía parecerlo, curiosamente gracioso, pero fui cayendo en la cuenta de que Casualidades se trataba en verdad de un apellido. Y Joaquín el nombre de su portador, aunque no el originario, pero sí el consanguíneo sucesor y legítimo heredero de los apellidos y negocios de la familia. Sus empresas estaban ligadas a la prehistoria de la bahía, aunque a Joaquín Casualidades le correspondió en suerte la responsabilidad de regentar la naviera, una red de lanchas que atravesaban a diario el cotidiano horizonte marítimo, del puerto de Claridades a Cabo Velas y viceversa, uniendo así a las gentes de la comarca. Era una exclusiva dedicación y sin competencia alguna, por lo que la empresa familiar había crecido en progresión natural con los años. Los letreros coloreados de Casualidades adornaban los cascos de una flota hoy reducida a una decena de embarcaciones de pasajeros. Con el final del verano, sin embargo, tan sólo eran necesarias la mitad de ellas para hacer frente a las tareas, ya que resultaba imposible inventarse más trabajo, aunque se deseara.

Joaquín Casualidades padre, seguía pilotando él mismo una de las naves más antiguas, la Capitana, que así gustaba en llamarla. Cruzar la Canal no tenía misterios para él, era capaz de navegar con los ojos vendados y bien hubiera podido entregarse al sosiego y placer del merecido retiro, además de bien remunerado, pero no iba con él ese talante cómodo. Hombre recio, de los que curtió el mar, trabajó siempre, mucho y duro. Nada le regalaron y tampoco nunca lo habría permitido. Ahora la familia, los hermanos y sobrinos eran sus empleados, pero él sentía la necesidad de repetir lo que siempre había hecho, de sentirse vivo frente al barnizado timón de su Capitana, mascullando entre dientes tonadas marineras, estribillos de pescadores, sin duda de otra época que, desde joven, le habían calado hondo. De ahí le venía el aspecto ladeado de su media sonrisa, de tararear de costado. Al contrario, su mirada firme, decididamente templada, relataba una denostada vida de constancia, entrenada en escudriñar detalles de mares y costas, pues a la bahía de Claridades venían a morir olas de dispares y lejanos confines.

Aquella tarde, tocando la jornada a su fin y a pesar de la lluvia, el patrón recordaba que sólo había llevado un pasajero a la otra orilla o, al menos, habría sido capaz de jurar que así le pareció. Cierto que en esta época del año la escasa intensidad del trabajo transformaba en rutinario tedio hasta la monótona obligación de tener que pensar o, tal vez, puede que fuera eso, ya empezaba a darlo vueltas, la carga de los años le pesaba en los hombros. A veces, agarrando el timón con ambas manos sentía cómo le colgaban los brazos, caídos al suelo. Era entonces cuando, resoplando, acababa la tarde sudoroso y lanzaba por la borda el desgastado cigarro que tanto había apretado entre los labios. Quizás fuera hora ya de obedecer a su Violeta y abandonar esa maldita costumbre, ya no era ningún chiquillo. Ese tabaco del demonio y su obstinado empeño en continuar patrullando la Capitana, como si fuera un chaval a estas alturas, terminarían por acabar con él... Debería hacer más caso a Violeta, sí. Ella siempre tenía razón. Los Casualidades siempre fueron muy obstinados.

Capítulo VII

EL CANTOR DE OLAS

Esa mañana casi me quedé dormido en el vestíbulo de espera. Después de un viaje tan largo y rápido, en cuanto a lo inminente del hecho, estaba a falta de horas de descanso, mas que fuera para recapacitar reposadamente sobre lo recién sucedido, todo tan inesperado. Apenas dos días antes había llegado el aviso del hallazgo de mi padre entre respuestas demasiado difusas para mis interrogantes y, si bien no descarté del todo la fatal posibilidad, no fue hasta el final de mi repentino viaje que me hallé ante el penoso accidente y con la ingrata sorpresa de tener que reconocer el cuerpo que había aparecido flotando entre las rocas, paralelo a la costa; algo descolorido e hinchado, a causa del agua del mar, pero que sin ninguna duda se trataba del de mi infortunado padre.

Después de confirmar la identidad del cuerpo rescatado de las aguas, sólo quedaban por cerrar los últimos trámites, los más incómodos, por lo que procuré ser lo más fiel posible a los designios que, en vida de mi padre, pude escucharle en alguna ocasión que habíamos conversado al respecto; él manifestó su preferencia por las cenizas y así lo decidí en su nombre, con la certeza de que resultaba la mejor elección tratándose de su final.

Por fin apareció el señor notario tras la enorme y silenciosa puerta blanquecina, invitándome a pasar al frío despacho donde, serio y sin demasiado preámbulo, pues ya eran conocidos los parcos detalles de lo testamentado por mi padre, llevó a cabo el último requisito, el de cumplimentar su deseo final. Así, me entregó el paquete aquel, a modo de sobre grande, en el que podía leerse mi nombre. Con un par de firmas quedó estampado el rostro burocrático de aquella situación irremediable y con un apretón de manos, sin sonrisa, di el primer paso hacia lo que ya era una nueva vida o, al menos, hacia el nuevo rumbo que, también inevitable, surgía delante de mí ante la desaparición de un ser tan querido.

A la tarde siguiente estrené aquel ritual que alguna voz insospechada parecía susurrarme; hasta mis pasos parecían guiados, conocer el camino. Seguí hasta el final del muelle, bajo la cansina luz de las farolas que bordeaban el paseo marítimo, aún más frío y triste bajo la lluvia tenue.

Quizás debido a ello no había gente en esta ocasión en el embarcadero. La lancha que atravesaba periódicamente la bahía partió esa tarde con un pasajero solo, como si lluvia, lancha y tarde, conscientes de su penoso sentir, se hubieran confabulado para rescatar el corazón íntimo del misterio mismo y que, de este modo, resucitase impoluto el secreto de lo innombrable. Sí, aquel era el lugar, donde la bocana del puerto moría para, cruzando la Canal, doblar el cabo y enfilarse el islote del pequeño faro, donde reconocí el antiguo embarcadero, ahora abandonado a su suerte de mero adorno costero. Sin duda era el sitio apropiado para desperdigar al viento las cenizas del infatigable viajero que fue mi padre. Incluso el cofrecillo bronceado que las cobijó, mudo testigo, también acabó por hundirse para siempre justo en ese lugar, en el mismo en el que las cenizas se fundieron con las olas ondulantes, cómplices, en voluptuoso abrazo de eternidad.

Desde la amura de estribor, sentado bajo el modesto toldete que me guarecía de la lluvia, ahora más suave, desdoblé el paquete y abrí el sobre sin mostrar emoción en el gesto. Y extraje el libro que conocía tan bien, un manual menudo de estilo artesano, cuidado y conservado a pesar del paso del tiempo. Las hojas resbalaron limpias y, con ritmo uniforme, acaricié los cantos. Palmeé el lomo, leyendo el título con voz queda: “*El Cantor de Olas*”... Y ahora sí, por orden, pasé de una en una cada página. En la primera, la dedicatoria, que releí: “*Para ti, en tu viaje de vuelta*”...

La lluvia pareció rendirse al tenaz empuje del viento, que soplaba ahora con más ímpetu. Apreté el libro en mi pecho, protegido, mientras se dejaba oír el silbido agudo del viento y la espuma entonaba una canción de ancestros. Entonces lo presentí... El Cantor de Olas hizo su aparición, se dejó ver. Ahora, por fin, me sonreía con su canción. Y sonó así:

...Soy El Cantor de Olas, no me busques ni preguntes por mí. Soy el que sale al encuentro. Te elegí porque llegaste hasta aquí, por la última razón que anida en ti una vez te despojaste del resto. Te atreviste a escuchar cómo grita el silencio y, ahora, sólo deseas que dure y te inunde el recuerdo, la sensación de su fluir eterno. Es un tesoro sin valor pretenderme entre los ruidos. Soy el que decide cautivarte con horizontes, embriagarte de espuma de olas y salitre, envolverte con este canto que emana de adentro. Soy El Cantor de Olas, me conoces, el que sale al encuentro...

Al atracar de nuevo en puerto la lancha chocó blanda, mojada, contra el muelle entumecido. El patrón no pareció sorprenderse de no hallar pasajero alguno a bordo, tal vez, pensó, se había apeado apresurado. La tarde se iluminó de un brillo irreal que emergía de entre las nubes oscuras

condenando al olvido a la lluvia que, momentos antes, se había inclinado oblicua, azotada por un viento que, racheado, empapaba cada rincón del aire creando fantasmagóricas impresiones al desplazar la cortina de agua. Quizás fue también instantánea ilusión el fugaz halo que dejó el viento a su paso, imperceptible, al rozarlo; casi podía haberlo tocado, aunque sin dedicarle mayor significado, el patrón de Casualidades se distrajo silbando aquella melodía familiar que por fin había acertado en recordar...

Capítulo VIII

UNA AMIGA FIEL

Era necesario atravesar la bahía de Claridades para alcanzar el Cabo Velas y cuando la marea estaba baja ello conllevaba un notable retraso, obligando a bordear la Canal; si la marea era viva podía hasta duplicarse el tiempo a invertir en cubrir la travesía. Una vez en la orilla el acceso a la playa del Mediodía era posible gracias a un pasillo de roca exterior al acantilado, a través de la Cueva de El Francés. La bautizaron así a causa de un biólogo galo que habitó esos lares mientras estudiaba las colonias de aves y la flora autóctona de la zona, quizás, eso sí, en contacto demasiado directo con los elementos del estudio. Fue así que la cueva sirvió de hogar y despacho para elaborar sus informes de campo. Entre los lugareños, sin embargo, El Francés fue considerado primeramente como un náufrago y, después de observada su inhabitual conducta, como un loco y estrafalario vagabundo, pues sin abandonar nunca las fronteras impuestas entre aquellos islotes, deambulaba semidesnudo, solitario, cobijado en la gruta y sin que nadie pudiera explicarse de qué se alimentaba y cómo pudo aguantar tanto tiempo en tales precarias condiciones. Un día desapareció sin más, ya no se le volvió a ver. Nadie frecuentaba la playa del Mediodía, algún pescador que se acercó aseguraba que las gaviotas soportaban con indiferencia la presencia humana.

Era el único pasajero de aquel último trayecto de la tarde y, de un salto, me apeé cuando la lancha vadeaba lenta y próxima a los islotes. La cortina de lluvia no iba a convertirse en impedimento para intentar llevar a cabo mi inicial propósito y, resuelto, ahora que la tarde regalaba una tregua de luz, me apresté a recorrer el acantilado con objeto de conocer el lugar exacto donde tuvo lugar el accidente de mi padre. Unos destellos metalizados me condujeron al enclave mismo donde reposaban los restos del vehículo entre las rocas; seguí el rastro de piezas sueltas, rotas o deformadas por el impacto, desperdigadas en las inmediaciones de la playa que aún los servicios de limpieza no habían tenido tiempo de retirar. Cuando me acerqué una gaviota gigantesca desplegó el vuelo; allí

no había nada que salvar, pero me quedé observando el entorno... La pared escarpada caía a pico sobre el mar, entre puntiagudas aristas, desde la estrecha pista que ascendía en sinuosas curvas que esquivaban el desnivel. Sin duda, un lugar inapropiado para maniobrar con un vehículo y, sobre todo, de noche. No hacía más que preguntarme lo que atrajo a mi padre hasta ese apartado paraje, debió ser algo lo suficientemente importante para merecer el riesgo. Desde allí, me dejé cautivar por el panorama idílico de las gaviotas en la playa, me llamó la atención su elegante vuelo entre las olas y, contemplando el arte de las acrobáticas piruetas con que adornaban el cielo, así, hermanándome al mar, me dormí en la playa, tendido y amparado en la cálida arena, recostado entre las rocas, hasta que sobre el cielo desteñido del atardecer unos nubarrones cenicientos acompañaron, fríos, a un viento ahora más impetuoso.

Fue el azote del viento en el rostro lo que me despertó. La arena de la playa también había perdido su cálido manto original y, despojado de su abrigo, incómodo y molesto, me incorporé presuroso con la determinación de poner mis pasos rumbo de vuelta a la población. Me había alejado demasiado y ahora la lluvia se animaba en conquistar cada resquicio de tarde. Las botas mojadas, pesadas por el agua, dificultaban la subida por el acantilado arriba y la marcha rápida por senderos adivinados, casi inventados al borde mismo del acantilado.

Un graznido ronco de gaviota me advirtió del peligro, del precipicio cercano. Pude vislumbrar a través de la película de agua que me bañaba la cara, la silueta gris del ave planeando lento a mi lado, casi a la altura de mi hombro. Instintivamente, desviándome en cuatro largas zancadas, arriesgadas, topé con el camino vecinal, ahora embarrado, que enlazaba con la carretera comarcal. Aún me separaban de Claridades varios kilómetros y tuve que realizar a pie el trayecto hasta el apeadero más próximo, mientras la lluvia arreciaba fina y tímidamente. Cuando el autobús llegó a las inmediaciones del barrio de pescadores la tarde dejó paso de nuevo a un brillo tenue que alegró las calles empedradas, vacías de gentes.

Ya en la habitación del hostel, en La Taberna, me desembaracé de la maltrecha vestimenta y, cansado por la carrera y la llovizna incesante, me dejé caer rendido en la cama, me cubrí con las mantas hasta el mentón y aún pude observar el agrisado tono del cielo que asomaba por la ventana del ático. Después, en apenas un instante, me quedé de nuevo dormido, exhausto, profundamente. Como entre sueños reconocí el acantilado que momentos antes había recorrido en distraído paseo. Observé las oscuras

rocas de aristas arrugadas y el estrecho sendero de arena que bordeaba el canto de la costa. Podía escuchar el rumor cercano del mar y los graznidos de las gaviotas de sonora estridencia, saludándome allá arriba. La tarde llegaba a su fin y, en bandadas, las aves regresaban hacia el este, a su hogar. El islote de Los Pájaros flotaba entre el dorado tono del oleaje como un paraíso perdido o un nido prometido.

...Allí estaba la gaviota, azuladamente gris, posada en la repisa de mi ventana, recortada sobre el tamiz nublado, pero calmo del cielo. La gaviota me saludaba, me preguntaba qué tal estaba, cómo había ido todo, si ya me encontraba a salvo. Se preocupaba por mi bienestar, antes al borde del acantilado y, ahora, cómodo, recostado en el lecho. Así, desplegó sus alas en lento batir y abandonó la ventana para reemprender el vuelo...

Me pareció haber escuchado cómo me hablaba el ave. Me pareció haberla visto allí, en la cornisa, despidiéndose para reiniciar su viaje y remontar hacia lo alto... Me pareció contemplar su sonrisa mientras aleteaba alegre, firme, majestuosa...

Capítulo IX

POR EL PUERTO

Esta vez me despertó el ruido de las sirenas de Los Casualdades que, con los motores de las lanchas, pusieron en marcha una mañana perezosa. Al poco, Patricia, la hija de la señora Violeta, tocó en la puerta de la habitación con el desayuno recién preparado, tal como se lo había pedido la tarde anterior, cansado como llegué de mi primera excursión por los acantilados. El padre de la chica era don Joaquín, el patrón de Casualdades, la persona más indicada para resolver cualquier duda, según ella misma me argumentó, en respuesta a mi bombardeo de preguntas, por lo que dediqué el resto de la jornada a ordenar mi habitación y a releer el libro que me había legado mi padre y, pausadamente, a intentar ganarle la partida a las prisas. Cuando la chica regresó para recoger la habitación me halló inclinado sobre los libros, tan absorto y concentrado, que se interesó por aquellos versos que leía, con verdadero interés cuando se enteró que era mi madre quien los había escrito; no pude eludir la invitación y leí a media voz:

Díme, silencio,
tu nombre secreto.
Paró el viento
en la rama dormida.
Desnuda de olas
la roca se calla y
besa la arena
suspiros de sombra.
...Díme, silencio,
si escucho tu huella,
¡silencio, díme !

Hice un alto para observar el gesto atento de su expresión y su interés creció todavía más cuando le confesé que mi madre se llamaba igual que ella, que ambas tenían el mismo nombre; un rubor sonrosado asomó a

sus mejillas y me quitó entonces el libro de las manos. Fue Patricia la que continuó leyendo...

No preguntes,
escucha el silencio.
Aquel camino de la tarde
se los llevó de aquí.
Y ahora, entre ruinas,
duermen los sueños.
Fue su mérito ganarse
la gloria de dejar
un recuerdo sagrado.
Leyenda sin tiempo,
cuenta el silencio.

Aproveché la tarde para recorrer los entresijos del puerto y alrededores, a lo que Patricia se ofreció para acompañarme de guía. La tarde anterior me pareció haber visto al fondo del astillero un viejo barco abandonado y, a pesar de su destartado aspecto, me llamó la atención su elegante porte mariner. En el paseo por el puerto descubrí pequeños talleres artesanos que mezclaban su repiqueteo de herramientas con el graznido intermitente de las gaviotas. Al final del viejo espolón, donde acababa el puerto, el farallón del acantilado dejaba ver la cúpula del faro arriba, dominando la bahía desde Punta Roque.

La población de Claridades era primordialmente marinera, vivían del mar y, gracias a él, disfrutaban de una generosa y humilde riqueza, eso sí, obtenida a base de trabajo y constancia, resultando difícil concebir aquí la naturaleza ociosa de carácter permanente. Es por eso que las labores compartidas, donde la colaboración se convertía en tarea necesaria e imprescindible, favorecían a crear el particular carácter de sus gentes, laboriosas y solidarias, sabedoras del inapreciable valor de disfrutar del entorno natural y limpio, silencioso y tranquilo, de los lugares pequeños y recónditos, casi desaparecidos, donde la vida seguía manteniéndose sencilla, como sucedía en su bahía. En realidad, Claridades era una isla, aunque el puente forjado que unía el estrecho tramo que la separaba de la costa la convertía en una obligada península artificial. Esta ruptura en la continuidad geográfica con el continente, aunque breve, y a la que además contribuía el enorme farallón de acantilados que caían en picado sobre el mar y donde se cobijaba la población, se manifestaba también en la mentalidad y definía el peculiar carácter de sus gentes.

No fue hasta la noche cuando llegó don Joaquín a la Taberna Marinera. Me aconsejó que preguntara a Héctor, el farero, acerca del viejo balandro abandonado al final del muelle por el que me había interesado. Don Joaquín me hizo un gesto, imitando el porte altanero del farero en cuanto este hizo acto de presencia y ocupó su sitio habitual, al extremo del mostrador. Sonreí para mis adentros la gracia del patrón, pues en efecto, Héctor respondía al modelo imitado, de aspecto recio, fornido, aunque de carácter apacible y suave, dentro de la rudeza que parecía corresponder a su fuerte complexión. En sus años jóvenes debió destacar por su atlética constitución y rivalizar por ello. Fue así que conoció la dureza de la vida marinera y compartió faenas y travesías con intrépidos navegantes, desde los pescadores más burdos hasta los más elegantes marinos, como se desprendía de sus palabras que, en tono afable, no dudó en dar rienda suelta ante mi interesada curiosidad. En uno de esos viajes coincidió con el Viejo Capitán, con quien tuvo ocasión de repetir travesías durante largas temporadas, aunque más tarde, como hombre previsor y amante de la seguridad, prefirió hallar cobijo al amparo de tierra firme. Llegar a ser el guardafaros de la bahía de Claridades le supuso el mejor de los sacrificios y el único que había valido la pena. Otros, sin embargo, habían construido su porvenir sin los beneficios derivados de emplear una herramienta tan útil como la sensatez o, al menos desde fuera, así podía parecerlo. Tal fue el caso de Nes el Largo, del Viejo Capitán, como Héctor gustaba en nombrarle, sin dejar de utilizar un tono afectuoso al evocar su memoria. Esa fue la primera vez que oí hablar del viejo marino y el farero me explicó que tenía bastante que ver con el cúter abandonado al final del puerto del que me había enamorado. Eludí el guiño que Héctor me lanzó, mientras me excusaba por haberlo llamado balandro.

En ese momento, Patricia, la hija del patrón, se acercó con una bandeja y Héctor bromeó con el contenido desigual de las copas que habíamos pedido; le cedí la mía, un poco más cargada y, aunque reímos, esquivé la mirada de la chica, que buscaba la complicidad de la mía, más preocupado por el cariz prodigioso de algo más que una anécdota singular. Me sorprendió la historia de un hombre viviendo solitario entre los acantilados, pero el farero aseguró que aquella costa escondía tales tesoros que un hombre como Nes el Largo podía perfectamente mantenerse vivo con tal peculiar modo de existencia. Al tiempo que me invitaba a tomar otro trago, me aseguró que aquel hombre no tenía un ápice de loco, aunque a simple vista pudiera parecerlo.

El manto gris de la tarde empañaba el horizonte de barcos que se mecían en la tranquilidad del puerto y, dentro del bar, una atmósfera tenue de humo y voces hervía en torno a las mesas. Convertido en un tertuliano más del lugar ni siquiera me sorprendí cuando comenzó el turno de relatos en la Taberna Marinera, sabor auténtico de las tardes en la bahía de Claridades. Héctor, a mi lado, enseguida tomó la palabra y narró la historia de aquel albatros gigante que, en una ocasión, recuperó herido en la playa y que, durante varios meses, se ocupó de curar en su habitación del faro. A todos les contagió también la emoción, el dolor y lo hermoso del especial acontecimiento que constituyó echarlo a volar, por fin libre, una vez restablecido. Sin esperarlo y ni siquiera haberlo presentado, me encontré así involucrado de lleno en el ambiente y en las historias que se iban sucediendo entre ellos.

El patrón de Casualidades le siguió después en su turno, mientras me iba dando cuenta de que mejor sería prestar atención y cesar de acometer con más preguntas, demasiadas y desordenadas, pues quizás aprendiera el modo de encontrar lo que buscaba con sólo escuchar. El patrón de Casualidades relató la historia de La Amparanza, isla fantasma que surge de la bruma para desaparecer igual de repentina con su misterio. Y la isla de San Borondón, que aparece y se deja ver, al contrario, cuando el horizonte está claro y despejado. También habló de la antigua ruta del Café, cuando los barcos recalaban en lugares hoy no sólo insospechados sino quizás ya inexistentes como Puerto Alegre, La Escondida o Isla Ilusión... Algunos de los más veteranos, asentían de haber oído sus nombres anteriormente, si bien tampoco llegaron a conocer sitios tan remotos. Para todo viajero, viniera de tierra o por mar, la parada en la Taberna del puerto era de cumplimentada obligación si quería poder decir que verdaderamente había visitado o conocía Claridades.

Aquellas últimas tardes en la Taberna de Claridades, con sus tertulias de marinos y pescadores, me cautivaron, se grabaron en lo más hondo, dejándome absorto, aunque sin conseguir borrar del todo la noción del tiempo; casi había olvidado que pertenecía a otro sitio que me reclamaba, que me recordaba que había ya de regresar.

Capítulo X

CAMBIO DE RUMBO

El viaje de regreso a Coaxtlán resultó lento, algo similar a nadar contra corriente. La intensidad de la experiencia vivida en Claridades funcionaba a modo de resistencia transformando en pesado el avance, me creaba una especie de dilema en el que ir hacia adelante significaba estar retrocediendo. También fueron despacio las negociaciones que requerían dejar arreglado todo lo que hasta entonces había constituido nuestra forma de vida en Coaxtlán. No fue difícil, sin embargo, deshacerse del piso que habíamos ocupado y por el que mi padre pagaba un alquiler modesto desde hacía muchos años; para la rentera fue una buena noticia, ya que le permitía actualizar el precio con otro inquilino. No obstante la anciana rentera, que nos apreciaba y había llegado incluso a conocer a mi madre, lamentó la pérdida y se interesó por mi inmediato futuro, ofreciéndome su ayuda en caso de que algún día volviera y necesitara alojamiento; me recordó que ella disponía también de habitaciones en otro edificio, gesto de confianza que le agradecí con un abrazo afectuoso. Aproveche para actualizar las cuentas bancarias de mi padre a mi nombre y me satisfizo comprobar que contaba con una buena base para enfrentar mi nuevo destino en Claridades. El resto de los días los pasé ocupado ultimando preparativos, disponiendo entre lo superfluo y lo necesario para acompañarme en mi cambio de residencia. Salvo algunas fotografías familiares, ropa y poco más, era curioso que en realidad tuviera tan poco a lo que aferrarme; los poemas de mi madre y la colección de libros que mi padre coleccionó fueron lo primero que guardé en las maletas. Abrí uno de ellos y me detuve entre sus páginas, mientras leía al azar...

Ilusión no es quererte.
No es hallarte, ilusión,
al fin de las tardes.
Díme, corazón celeste,
palpitando inmensidades,
¿no es reconocerte
acaso ya ilusión?

Ilusión es quedarme en ti
para encontrarnos,
de regreso, y
seguir amándonos.

Volver a Claridades, el lugar donde descansaban los restos de mi padre, el lugar que acababa de descubrir por accidente poco tiempo atrás, volver, volver... No podía dejar de dar vueltas a esa idea que ahora había venido a ocupar el centro de todas mis inquietudes. Nada de las tareas diarias que antes me ocupaban era capaz de desterrar esa especie de ensimismamiento que me había conquistado desde que conocí Claridades, no era capaz de pensar en otra cosa y mi corazón iba más rápido que mis pensamientos. También Patricia tenía mucho que ver con aquel sentimiento, conocerla había supuesto parte del mismo descubrimiento. La hija del patrón de Casualidades me había enseñado los viejos depósitos donde su padre reparaba sus embarcaciones y donde guardaba restos de otras naves y de antiguos artilugios, cachivaches, bártulos de pescadores, amontonados a lo largo del tiempo y que constituían todo un tesoro, un auténtico museo del mar. A nadie se le ocurrió antes un proyecto semejante, un museo marino que además serviría para resucitar una cantidad ingente de material en apariencia inútil. La idea enseguida prendió en mi imaginación despierta y Patricia la acogió con entusiasmo. La chica había surgido en aquel momento especial, me había abierto los ojos a un mundo nuevo que me atraía y juntos, al mismo tiempo, habíamos compartido la ilusión de un proyecto en común. Sí, ella también tenía una parte protagonista en esa influencia.

Sin duda no era el mismo. La muerte de mi padre me había cambiado o, mejor, había traído una disposición diferente frente a la vida que parecía ahora exigirme un cambio radical, algo más acorde a un sentido también nuevo. Sí, de algún modo era volver a comenzar de nuevo. De alguna manera se abría ante mí la salida que hasta entonces no había acertado a vislumbrar en Coaxtlán. Desde que finalicé mis estudios nada había conseguido llenar mis expectativas de trabajo, de futuro inmediato, que podía posponerse; todo resultaba prescindible, nada conseguía satisfacerme. Apenas algún trabajo temporal de monitor en campamentos juveniles o en el almacén portuario de suministros marítimos que, durante un par de veranos, me permitió disponer del capital suficiente para obtener mi permiso de conducción, que quise lograr por mí mismo, oponiéndome al desinteresado ofrecimiento de mi padre. Quería demostrarle que podía hacer algo por mis propios medios y, sobre todo,

demostrármelo a mí el primero; era algo que necesitaba. Desde que mi padre se vio obligado a abandonar su trabajo, nuestro medio de subsistencia, aquella imperiosa necesidad me atosigaba con impaciencia creciente, recordándome que era mi deber, que urgía emplearse a fondo, sin reparos ni más pérdida de tiempo.

Sin embargo ahora, a raíz de su muerte, nada era capaz de sustituir la ambiciosa misión de recuperar el viejo velero y entregarlo al mar, pero a aquel mar de Claridades... Había algo en aquellas aguas que me pertenecía y que no estaba dispuesto a dejarme arrebatarse. Ese era el reto, atrayente como la mejor de las aventuras, pero disparatado para lo que hasta entonces había formado parte mi vida...

La resolución no sólo ya estaba tomada sino que, además, me imprimía una certeza calculada a lo que inevitablemente iba a ser desde ese momento el cauce por dónde transcurriría mi vida; era como si dispusiera del don de manejarla a mi antojo. Algo similar a la llamada de la sangre, difícil de comprender y donde toda palabra resultaba insuficiente. Me sentía animado por un impulso superior, una poderosa sensación que derrotaba al desconcierto y descubrí que, además de confortarme, si me dejaba llevar por ella, sabría abrirme camino. Era bien consciente de lo difícil que había sido llegar hasta allí, de los esfuerzos de toda una vida de trabajo de mi padre para abordar mi futuro en un entorno protegido y familiar. Mi padre fue un apoyo incondicional, siempre habíamos seguido unidos a pesar del tiempo y la distancia. Esa era una lección que mi padre había querido que aprendiese en libertad, sin asperezas; y el único modo de terminar de aprenderla era ponerla en práctica. Sí, éramos dos gotas idénticas en ese sentido. Y ahora que él faltaba no quería fallar a esa promesa, me preocupaba más que nunca no defraudarle. Ciertamente se habían desmoronado algunos muros hasta ahora insalvables, antes imperceptibles, pero ya dependía sólo de mí mismo, no debía preocuparme por ningún otro ser querido cercano, aunque esa libertad me ataba a la más tirana de las soledades. Un camino nuevo debía abrirse ante mí, tal vez esa misión, ese proyecto en que poner la fe con ímpetu. Había aprendido a escuchar esa voz que hablaba por mí, siempre me venía el recuerdo de la historia que mi padre me enseñó, algo más que un cuento, el último recuerdo que había destinado para mí. El Cantor de Olas existía, al menos lo asociaba a un susurro íntimo y misterioso que en ciertos momentos parecía salir a flote. Como en el relato, escuchar a El Cantor de Olas siempre auguraba mágicas novedades, impredecibles consecuencias; sólo que ahora ya no era ningún niño. Pero sí nos había servido este ejemplo para ajustarlo a la medida de nuestras explicaciones

y había sido un modo de mantenernos comunicados a pesar de las distancias, a través de las ausencias. Ahora, esa voz tenía vida y sentido propio, acaso ajena o mojjigata para otros, extraños al jeroglífico de este idioma íntimo, pero no para nuestra familia; tan sólo para nosotros tenía nombre y sello propio, ese era nuestro modo de entendernos y hacernos entender. Por ello, tenía la absoluta certeza de que mi padre habría entendido e, incluso estado de completo acuerdo, con el cambio radical que iba a imprimir a mis días venideros. No estaba a gusto con el modo de vida llevado hasta ahora ni me llenaba y, debido a estas últimas circunstancias, estaba dispuesto a dejar lo que había sido mi discurrir habitual para emprender un futuro nuevo. Para mí, aquello era una despedida del mundo anterior y así lo traté, con respetuosa delicadeza, sin abusar de las palabras, pues nada había que remendar, tan sólo dije adiós a lo que había muerto, sin mirar atrás; de alguna manera también algo había renacido...

Rumbo fijo al corazón.
Ponerle la proa al viento.
Horizonte de mar,
ancho y cercano.
Techumbre de azul
con lámparas de gaviotas.
Tu canción me embriaga,
sonora, soñadora.
Ponerle rumbo al mar.
Surcar el sueño, corazón.

Mis pasos avanzaban ya hacia la costa de Claridades, por una vez sabía a dónde ir y qué hacer.

Capítulo XI

ISLA DE LA AMPARANZA

Aquella noche el patrón de Casualidades ocupó su sitio en la Taberna, como de costumbre, en la amplia mesa redonda del fondo que Violeta le reservaba a su llegada, bajo los candiles. Y ansioso por liberar la tensión acumulada cenó esta vez rápido, ávido por tomar la palabra. Todos los presentes entendieron enseguida la espontánea predisposición de don Joaquín para hablar y, discretos, se apostaron a su alrededor dispuestos a no perder detalle alguno de la singular historia...

Regresaba de las aguas más septentrionales rumbo a la costa de Claridades, aunque aún faltaba algo más de un día para atisbar tierra firme. El viaje fue largo y acompañó un clima benévolo a la vuelta. La mañana diáfana y soleada le animó a dejar el mando en manos del piloto automático y así entretenerse en cubierta en limpiar y revisar los mapas. Aunque el horizonte se fue nublando a medida que avanzaba el día y un viento más frío encrestaba las olas de un mar cada vez más grisáceo, continuó confiado y absorto en el estudio de sus cartas náuticas, algunas de ellas necesitadas de una urgente actualización. Atrás iban quedando jirones de bruma que deshilachaba el viento y, mientras recogía, ya tenía la certeza del empeoramiento al que se avocaba inevitablemente la tarde. Sin embargo, de repente, un estruendo ronco de piedra y agua le sobrecogió. Un farallón inmenso de roca se levantaba frente a él y la espesa niebla no dejaba ver su final. Viró rápido, manteniendo en el timón un duelo tenso, casi sobrehumano, intentando reaccionar a tiempo para evitar la colisión con aquella piedra surgida sin avisar de adentro del mar. Ciertamente, no podía explicarse cómo no le tragó la enorme pared rocosa que, peligrosamente, rechinaba al paso de la embarcación, a escasos metros. Entre el casco y el acantilado crujían las olas, amenazadoras, mientras la bruma se pegaba al rostro y cada músculo se tensaba en alerta en torno al timón, esperando el embate irremediable del pétreo acantilado. Sin embargo, como el descorrer de un pesado telón, la pared dio paso a una cala inhóspita, una diminuta bahía natural amurallada por los islotes del acantilado que guardaban una playa de

arenas rojas y aguas extremadamente azules. Más allá, la vegetación se extendía densa, poblada, hacia arriba de la dura peña montañosa que, a modo de cono truncado, se perdía dentro de una nube cenicienta, invisible. Observó incrédulo el admirable entorno, ahora sin la tensión sostenida con el desafiante oleaje. Como un rayo de luz se le vino a la mente la leyenda de La Amparanza, de la que oyó relatar su misteriosa apariencia a los pescadores más veteranos de los puertos costeros de Claridades, sin nunca imaginar que la realidad pudiese resultar tan palpable y evidente frente a una leyenda. De súbito, una sacudida brusca le obligó a aferrarse al timón con denuedo, de nuevo la lucha brutal volvió a desatarse con toda intensidad. Esta vez, pensó, las malditas rocas de aquella isla fantasma echarían al traste con toda la embarcación. Casi cerró los ojos, pues la niebla ahora ni dejaba ver y, además, hería el rostro con su gélido aliento, así, derrotado en esfuerzos, a la deriva, casi presintiendo el choque inminente, no quedaba sino esperar el último y definitivo desastre... Parecía haberse detenido el tiempo, como si una eternidad transcurriera en la fatal espera de los segundos finales, de un desenlace presentido que se retrasaba, quizás demasiado para tratarse del verdadero fin. Al fondo, el halo claro de la luz del cielo iba ganando en intensidad, iluminaba el cese de la niebla, de la bruma que, debilitada, se iba desvaneciendo... Hasta que no quedó ni rastro y la niebla desapareció. Miró hacia atrás con idéntica incredulidad y nada encontró tampoco que delatara su aparente presencia. Tan sólo a lo lejos una ligera bruma que escondía un tesoro imposible, la isla que iba y venía...

A la pausa sostenida del final del relato le siguió el vocerío de pescadores, que se dispersó hacia el mostrador entre murmullos y en busca de otra bebida con la que refrescar el gaznate; una voz apostilló con ironía sobre los riesgos del alcohol y las risotadas histéricas sucedieron a las palabras, que cedieron sin resistencia.

Héctor me hizo un gesto para que le siguiera; salimos afuera y me senté junto a él, en el porche de la entrada. Allí, en tono confidente, continuó el curso de la historia iniciada por don Joaquín y atendí las palabras de aquel hombre, serio y respetado, y de cada matiz que las imprimía para demostrar la veracidad de los hechos narrados.

Fueron siempre contadas las ocasiones en que La Amparanza le atrapó, según las palabras del propio Héctor. En una ocasión él también llegó a pisar su arena rojiza, gruesa como sal gorda, sobre la que curiosamente ningún ave osaba posarse, aunque sí sobrevolaban las rocas, respetuosas. La estancia en La Amparanza siempre era breve y ocasional, nunca

obedecía a la voluntad propia o deseada. Una bruma fantasmal solía envolver la atmósfera que precedía a cada encuentro y aparición de la isla y, de igual modo caprichoso, se abandonaba y salía de su espejismo. Algo le decía que era ella, la isla, la que elegía el momento, la que decidía la situación oportuna para permitir adentrarse en su mundo...

Al finalizar su relato, Héctor respiró hondo, como si tratara de aunar los recuerdos que aún mantenía vivos y acudían solícitos al evocar la imagen de un espejismo. Me aseguró que ni el patrón ni él estaban borrachos y no lo puse en duda; le tranquilicé en ese sentido, pero le insistí sobre la urgente necesidad de hablar con aquel experto navegante al que llamaban el Viejo Capitán. Según el farero, aquella era la historia preferida del Viejo Capitán, asegurando habérsela oído narrar a él mismo de viva voz, porque así, con semejante fervor y pasión, hablaba el Viejo Capitán de los misterios de Claridades. Fue tal la impresión causada por aquella increíble experiencia que desde entonces el Viejo Capitán dejó de dar importancia a la credulidad o no de los demás. Aquel descubrimiento le embargaba el ánimo y acrecentaba inimaginablemente su emoción y curiosidad, incapaces de ser contenidas. A partir de entonces le resultó imposible negar que las salidas a mar abierto se hicieran más y más frecuentes, sin poder ocultar que en el fondo albergaba la remota posibilidad de vivir otro avistamiento de la fabulosa isla, desafiante a todo raciocinio y lógica humana.

El guarda del faro llegó a compartir su afición marinera en alguna travesía, como él decía, en los buenos tiempos, con Nes el Largo, como allí se le conocía al Viejo Capitán. En aquellos tiempos mozos ya adolecía del introvertido carácter que nunca abandonaría al Viejo Capitán, aunque su temperamento indómito parecía obedecer a un misterioso resorte que lo empujaba siempre más allá. El Viejo Capitán vino del continente adentro, había abandonado su familia y su trabajo para embarcarse en busca de un horizonte nuevo, atraído por la canción de más allá del océano. Eran los comienzos de la bahía en Claridades, cuando la pesca atraía embarcaciones y los caladeros rebosaban, cuando el puerto crecía al ritmo de las gentes que laboraban cada día sus ilusiones con inusitado tesón. El puerto, la playa, las casas encaladas remontando el acantilado... La bahía no había cambiado tanto con los años, tal era su encanto.

La Taberna de Violeta era el punto de encuentro, allí conocieron historias nuevas o curiosas, antiguas leyendas de antaño, algunas ya versiones desgastadas a fuerza de repetir, de boca en boca, alejadas del original, de oído a oído, a la luz de la cómplice camaradería de los candiles, en noches de canciones y borracheras de madrugada; eran los

buenos tiempos. Y hoy tampoco eso había variado demasiado, aún podían escucharse relatos de otras tierras en las noches marineras de la Taberna.

Capítulo XII

EL VIEJO CAPITÁN

Detuve el vehículo al borde de la carretera comarcal que comunicaba la bahía con la costa. En la taberna, fueron Héctor y don Joaquín quienes me habían informado previamente de que sólo a través de caminos vecinales era posible acceder a los acantilados del Arco de la Media Luna. El camino que escogí, cómodo en un principio, comenzaba a complicarse a medida que cruzaba las extensas fincas, que se adentraban en verdes prados inmensos que se deslizaban en ligera pendiente hacia el mar. En su tramo final, cuando la línea del horizonte se encontraba a la altura de la vista, desaparecía todo vestigio de sendero, borrándose, para seguir caminando sobre la hierba, gruesa y lacia, que la brisa oceánica mantenía continuamente peinada. En frente, se levantaban las enormes moles de piedra que configuraban los acantilados. De cerca, algunas de aquellas paredes de roca sobrecogían por su altura, desafiando airoosas al pujante avance de las olas.

Seguí las indicaciones puntuales que el farero y el patrón de Casualidades me detallaron con antelación. Atravesé varias de las fincas, saltando los muros de piedras que delimitaban sus lindes. Cuando avisté el gran socavón, aquella depresión de terreno que, hundido, caía al acantilado y la roca grande en forma de cabeza de gato, advertí que ya me encontraba próximo al escondrijo del Viejo Capitán.

Me habían contado que si alguien podía conocer a fondo y cada palmo de aquella costa y el mar que la custodiaba no podía ser otro que el Viejo Capitán. También me advirtieron de su carácter reservado y un tanto excéntrico y, en efecto, el mero hecho de habitar solitario entre aquellos impresionantes acantilados así lo demostraba.

Mi inquietud por la navegación me había acompañado durante la época de monitor en Coaxtlán, cuando aprendía a la vez que enseñaba a grupos de escolares, aunque reconocía que desde que descubrí Claridades esta afición había adquirido rango de ferviente pasión. El interés por aprender creció y, al mismo tiempo, aumentaba mi sed de conocimiento de las artes náuticas, de la fauna marina y la flora circundante, de la costa y los secretos de aquel mar que ya me había conquistado, sin demasiada

oposición por mi parte. Por entonces era como si Claridades me hubiese descubierto y, hechizado, todo acontecimiento se sucedía premonitoriamente, como si adivinase el siguiente paso que iba a ocurrir y que, para mi sorpresa, así sucedía para mi regocijo.

De esta suerte, el hallazgo del viejo balandro, un cúter de principios de siglo, abandonado en los astilleros de la bahía supuso una especie de tabla salvavidas; aunque destartalado, su posibilidad de recuperación, me abrió las puertas de un mundo nuevo, el de la aventura que continuaba, que salía al encuentro sin oportunidad de negarse. El patrón de Casualidades había asegurado que un buen emplastamiento y un baño de barniz pondrían fin a la broma que amenazaba con carcomer la madera del antiguo velero. Me contó cómo el Viejo Capitán lo dejó allí varado cuando abandonó la bahía y desapareció. Más tarde supieron de sus erráticas andanzas por los acantilados del Arco de la Media Luna, pero si ya anteriormente era difícil el trato con su áspero carácter, después de su marcha aún se complicó mucho más, volviéndose prácticamente inaccesible.

Mi determinación por llevar adelante el proyecto era firme e inflexible, fiel al tributo que mi padre había contraído con aquel océano, ahora ligazón única y obligada. Las indagaciones en el puerto y, luego, la información obtenida en la Taberna Marinera me habían llevado hasta allí, al abrupto acantilado en busca de un viejo loco, capaz de vivir con gaviotas por tejado y en compañía del mar, sin necesidad de nadie más... Sabía bien lo que quería, aunque desconocía el modo de comenzar. Quizás callara o me rehuyera, pero únicamente lo sabría estando frente a él.

Por fin, al alcanzar lo alto del empinado montículo seguido al socavón, le descubrí, subido a la roca, oteando el horizonte como si olfatease las nubes que desfilaban solemnes frente a él, mientras el viento marino ondeaba su blanca cabellera. Su figura esbelta, de lejos, no hacía pensar en nadie de avanzada edad. Alguna fibra de su avispado cuerpo debió de tensarse al percibir mi presencia. Siguió sin inmutarse, aunque observándome de reojo, mientras más me iba acercando con paso calmo y natural, pero cauto. Paré a pocos metros y adopté también la posición del oteador de horizontes. El sostuvo el desafío, tan acostumbrado que estaba al silencio que parecieron transcurrir millones de años en cada segundo. Y así continuó, desoyendo la proposición de conversar, impertérrito a mi declaración de intenciones, al sentido del viaje, a los porqués y razones que a cualquier ser normal le hubieran preocupado. Nada, no conseguí un gesto, igual que si le hubiera vociferado a cualquier

roca del acantilado. Volví al día siguiente y, también, a la siguiente semana con el mismo resultado. En algún momento llegué a levantar excesivamente la voz ante mi impotencia por obtener una respuesta, pero lo más que hizo fue echar a andar entre los prados verdes, sorteando alguna linde de muros de piedras, mientras le seguía de lejos, asombrado de su terquedad.

...Continúa

**NOTA: Solamente es una muestra,
pero si te interesa seguir leyendo,
contacta con el autor:*

leetamargo@gmail.com

¡ GRACIAS A TI !

- INDICE -

La última tarde
Hay una playa
Desde el faro
Paisaje de ida
Bahía Claridades
Casualidades
El Cantor de Olas
Una amiga fiel
Por el puerto
Cambio de rumbo
Isla de La Amparanza
El Viejo Capitán
El encuentro
El Mar en sus ojos
Una canción marinera
Amor de mar
El Dos Gaviotas
Un descubrimiento
En la Taberna
Rumbo de Regreso
Cuando cantan las olas

EL AUTOR



El autor, LUIS TAMARGO, es natural de Santander, en el norte español. Documentalista clínico de inquietud literaria, publicó “Escritos Para Vivir” en 1998, su primer libro de poemas, al que siguieron “Era Un Bosque” (2004) y “A media distancia” (2006), de relatos breves. Además de su obra poética, agrupada con el título de “Poemágenes”, trabaja en la actualidad en una selección de relatos. En la novela “EL CANTOR DE OLAS”, la narrativa se impregna de su característico estilo y adquiere una dimensión poética emocional.

leetamargo@gmail.com

SANTANDER
2002

© Luis Tamargo.